

Feminismo como cosmética

Lola López Mondéjar

Escritora y psicoanalista.

EL FEMINISMO VENDE. LOUIS VUITTON en la contraportada, Gucci, Emporio Armani, Max Mara, Guess, Calvin Klein, Dolce&Gabbana, Marella, Longchamp, Mango, Michael Kors, liujo.com, Marina Rinaldi, Elisabetta Franchi, Sahoco, sudaderas de Fendi de 7.000 euros con «gorro de borrego a juego» por solo 590; las tiendas de moda tienen que reinventarse y convertirse en centros culturales de encuentro, se afirman; entrevistas con Encarnación Roca, primera catedrática de Derecho civil y vicepresidenta del Tribunal Constitucional; con Renzo Piano, Stella McCartney o Soledad Sevilla, junto a un espacio de reflexión donde, con textos de Paka Díaz y fotos de Chema Madoz, se reseña un libro de Marta Sanz, otros de Barbara Ehrenreich y de Rosa Cobo. Además de algún que otro artículo sobre Educar en igualdad o sobre las camisetas que rezan «NO es NO» (desde Dior hasta Zara las proponen), apuntes sobre Pikara o sobre alguna noticia esperanzadora que insiste en el auge del feminismo. El toque feminista «moderniza» el extra *S Moda* de *El País* de septiembre 2018, cuya editorial, firmada por Empar Prieto y titulada Grandeza, no tiene desperdicio como síntoma de una industria del lujo que coquetea con palabras como austeridad, racionalizar el consumo, o dotar de contenido, sentido y racionalidad el acto de adquirir, «*un verbo al que urge una transfusión de sangre*» —según afirma la periodista—, mezclándolo todo

en un batiburrillo sin vertebrar de tintes feministas y reivindicativos, e insertando ese *totum revolutum* en un soporte visual que solo incita al consumo, con un coste insostenible desde el punto de vista ecológico. En un tono que parecería crítico, si tuviese algún sentido en su conjunto, la directora del magazine dedicado a la moda más cara, afirma: «*Vistámonos de «ricas»; no hay más que ver el resurgimiento del vestido de gala, en la página 54, en pleno cuestionamiento del rol tradicional de la mujer y en curioso contraste a (donde debería poner «con») los retos cruciales (pag. 82) a los que se enfrenta hoy el feminismo*».

Así es, no hay reparo en utilizarlo, el feminismo se adapta como un guante de fina piel al capitalismo suntuoso; sin contradicción alguna, eludiendo el conflicto intrínseco que comporta incluir las tesis feministas en una revista de moda. Aunque el feminismo tenga como objetivo alejar a las mujeres de la objetualización que cierta moda persigue, separarnos del consumo insostenible (ecofeminismo) que propone la industria cosmética, o de la frivolidad patriarcal que hace de la belleza física el sostén de la seguridad y estima personal; aunque deseemos una representación propia y ajena por fuera del cuerpo, que apunte a nuestro intelecto, a nuestros modos de relación y a nuestros logros, el capitalismo neoliberal lo engulle e integra todo

48

«... la sexualidad pornográfica y patriarcal ha contaminado el erotismo de las jóvenes, que disciplinan y niegan sus necesidades para adaptarse al modus operandi de fórmulas consumistas como Tinder.»

hasta fagocitarlo, y neutraliza la necesaria y estructural tensión que ha de existir entre feminismo y capitalismo.

Por otro lado, mujeres jóvenes con poca formación teórica feminista parecen entender como igualdad comportarse tal y como lo hacen los varones. Lo observamos en las fiestas de despedida de solteras, donde el tradicional rito masculino se ha extendido a las prácticas de las mujeres, que han copiado el baile de la *stripper* sustituyéndolo por el del *boy*, han imitado la hipersexualización del festejo, su ramplona representación de la vida de pareja como una cárcel, su vulgaridad estética, el uso del otro como objeto. Y lo repiten. Las mujeres, y esto es lo más preocupante, no han sabido crear un rito diferente que las distinga del que inventaron los hombres para ¿festejar? este momento biográfico. No han sabido inventar una alternativa a esta celebración con su cortejo de prostitución y de exaltación de la sexualidad más prosaica, más pública.

Pero, ¿existe acaso hoy algo que podamos llamar una vida sexual íntima? Lo dudamos, la sexualidad pornográfica y patriarcal ha contaminado el erotismo de las jóvenes, que disciplinan y niegan sus necesidades para adaptarse al modus operandi de fórmulas consumistas como Tinder.

La película *Paraíso: Amor* (2012) de Ulrich Seidl, muestra las vacaciones de ciertas mujeres europeas que viajan a Kenia en busca de jóvenes kenianos que se prostituyen para satisfacer sus necesidades.

La película identifica acertadamente la prostitución como un efecto del poder: cuando las mujeres europeas tienen más dinero intentan satisfacer sus necesidades de sexo (y, sobre todo, de afecto, aspecto este muy interesante en el film, pero en el que no podemos detenernos ahora), comprándolo en el tercer mundo, como siempre hicieron los hombres con las mujeres. Esto será así, es así, de hecho, al menos que se produzca una verdadera conciencia feminista.

Apuntamos aquí a distintas formas de banalización de un feminismo descafeinado, cosmético, que identifica el empoderamiento y la autonomía de las mujeres, la deseada igualdad, con el copiado clónico de las formas patriarcales más deplorables de la masculinidad hegemónica. Este no es el camino, y está plagado de peligros.

Por una parte, el capitalismo ha encontrado en la etiqueta feminista una marca rentable para vender sus productos: revistas, ropa, películas, libros... neutralizando el mensaje revolucionario de la propuesta feminista, que cuestiona íntegramente el capitalismo neoliberal por considerarlo indivisiblemente unido al patriarcado, hasta convertirlo en un eslogan publicitario para vender más productos. Por otra, el patriarcado está inconscientemente inscrito en las propias mujeres y las lleva a imitar los modos masculinos en los ámbitos en los que las mujeres comienzan a ejercer poder, bajo la bandera de una cacareada igualdad ficticia.

No nos cansaremos de repetirlo: o incorporamos a la lucha contra el patriarcado lo mejor que la diferencia de género patriarcal depositó en las mujeres, o las relaciones humanas serán cada vez más toscas, más descuidadas, más embrutecidas e inciertas.

El cuidado del otro, la atención a las necesidades afectivas y no solo sexuales, la capacidad de establecer vínculos íntimos y tiernos, una educación más discreta y

«Aunque el feminismo tenga como objetivo alejar a las mujeres de la objetualización que cierta moda persigue, separarnos del consumo insostenible (ecofeminismo) que propone la industria cosmética, o de la frivolidad patriarcal que hace de la belleza física el sostén de la seguridad y estima personal; aunque deseemos una representación propia y ajena por fuera del cuerpo, que apunte a nuestro intelecto, a nuestros modos de relación y a nuestros logros, el capitalismo neoliberal lo engulle e integra todo hasta fagocitarlo, y neutraliza la necesaria y estructural tensión que ha de existir entre feminismo y capitalismo.»

menos ostentosa, más respetuosa con los espacios que compartimos con los demás (pensemos en el *mansplaining*, la explicación paternalista que ofrecen algunos hombres a las mujeres sin que estas se lo soliciten; o en el *manspreading*, la costumbre, también de los hombres, de ocupar el doble de espacio en los asientos que compartimos), la capacidad de empatía, son cualidades en las que las mujeres hemos sido tradicionalmente educadas, y que no debemos excluir de la construcción de una sociedad más igualitaria, sino intentar exportarlas a los hombres. Estas «cualidades» que la diferencia entre los géneros nos asignó, no son esenciales en un género ni en otro, sino que se adquieren en el largo proceso de socialización que nos separa, por lo que podrían aprenderse y universalizarse como, desgraciadamente, lo están haciendo las que denunciamos aquí a favor de una universalización de los modos tradicionalmente masculinos. O lo hacemos así, o «feminizamos» la sociedad, invirtiendo el proceso de la masculinización universal de los modos de relación al que estamos asistiendo en estas y en otras manifestaciones, o habremos perdido la batalla.

Es cierto que el simple hecho de acceder al poder incrementa formas de relación afines a él: competitividad, eficacia,

descuido de los afectos y de las relaciones a favor de la dinámica que impone el ejercicio mismo del poder: Es cierto que las mujeres tenemos de nuevo que hacer un sobreesfuerzo por intentar asumirlo sin olvidar el ethos de cuidado (de los otros, del planeta), pero se me antoja que este noble esfuerzo es indispensable para transformar las estructuras que nos oprimen a todos.

La revolución feminista no se inició para alcanzar una igualdad a la baja, homogenizando el comportamiento de los géneros en los valores atribuidos a la masculinidad, sino para cambiar la sociedad hacia formas más humanas de relacionarnos, más educadas y consideradas con los demás, menos invasivas de los espacios públicos y privados, más igualitarias y respetuosas con cualquier diferencia entre los seres humanos.

Si las mujeres nos limitamos a repetir las formas patriarcales y no a crear formas nuevas, a inventar celebraciones distintas que incluyan y festejen nuestra particular concepción de la vida, publicaciones que respeten nuestra complejidad, nos encontraremos con un patriarcado elevado al cubo, con una sociedad más fea y más homogénea, con un feminismo cosmético que dejará de lado los valores

revolucionarios de nuestra propuesta, que será asimilada cómodamente por el patriarcado y el capital, por más a la moda que aparentemente el feminismo esté.

Ahora bien, las dificultades para integrar las formas excluidas son muchas, y se requiere de un atento pensamiento crítico que interrogue la condición humana y las necesidades de la especie y del planeta, alejándose de cualquier inercia repetitiva.

La reflexión es más costosa en términos personales y sociales que la reactividad rápida y vindicativa y que la mera imitación actual. Hemos de repensar las relaciones erótico afectivas y sociales, contemplando las distintas necesidades que, hasta hoy, sienten hombres y mujeres, sin homogenizarlas en un único modelo sexual masculino, pornográfico y coital, que excluye lo afectivo y sigue obligando a las jóvenes a disciplinarse y negar sus experiencias y necesidades ante las de los jóvenes que desean; hemos de reinventar el sistema de cuidados integrando la vida profesional con la personal; diseñar el mundo laboral de forma que logremos una sociedad más equitativa, que atienda a las necesidades humanas, con menos diferencias entre el salario mínimo y el máximo (que ahora puede llegar a ser injustamente abismal); hemos de repensar la justicia retaliativa, vengativa y punitiva que aplicamos hoy, a favor de una justicia restaurativa, donde se contemple el daño de la víctima, el arrepentimiento, el perdón y la reparación, y no solamente el castigo. El objetivo de este programa radical sería modificar las relaciones de poder existentes a favor de un intercambio intersubjetivo y no de amo—esclavo en todas las facetas de la vida.

En otras palabras, debemos alejarnos del patriarcado y de todos sus efectos, sutiles y rizomáticos, y construir una sociedad nueva, imaginativa y distinta.

El feminismo que deseamos necesita de todas las disciplinas para impregnar los

discursos y llegar a la sociedad sin simplificaciones estériles o perversas como las que aquí tratamos de denunciar, y tiene en la educación un poderoso aliado. Pues educación y formación continuada de todos los agentes sociales implicados son la base de un edificio cuya construcción no se completará nunca, pues siempre habremos de enfrentarnos con nuevos retos, contradicciones nuevas.

Se trata, nada más y nada menos, que crear un nuevo sistema de convivencia en el que las diferencias entre los seres humanos no se conviertan en desigualdades, como sucedió hace más de cuatro mil años con la inversión original que produjo el sistema patriarcal que combatimos. —